

¿Qué pasa con la Filosofía Política? What is happening with Political Philosophy?

Eduardo Hernando Nieto*

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas

ORCID: 0000-0001-9464-7224

Fecha de recepción: 10 de septiembre del 2025

Fecha de aceptación: 3 de octubre del 2025

ISSN: 2219-4142

Hernando, Eduardo (2025). «¿Qué pasa con la Filosofía Política?». *Politai: Revista de Ciencia Política*, Año 16, N.º 27: pp. 62-72.

DOI: <https://doi.org/10.18800/politai.202502.003>

* Director de la carrera de Ciencias Políticas en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC). Es doctor en Filosofía por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM), magíster en Teoría Social y Política por la Universidad de East Anglia (Norwich UK). Asimismo, es profesor ordinario del Departamento de Derecho de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Correo electrónico: eduardo.hernando@upc.pe

RESUMEN

Desde una posición crítica respecto al desarrollo de la ciencia política contemporánea, este artículo pretende resaltar las ventajas prácticas que proporciona el conocimiento teórico político, no solamente para el caso de las aclaraciones conceptuales sino también para la comprensión de la dinámica política y sus proyecciones. Precisamente, el hecho que los enfoques actuales de la ciencia política local prioricen las investigaciones cualitativas y cuantitativas dejando fuera los aportes en el conocimiento político que pueden proporcionar materias como la filosofía política o la historia de las ideas políticas –salvo para incluirlas dentro de los marcos teóricos aunque sea–, debilitaría al final el crecimiento y la robustez de la disciplina.

Palabras claves: *Filosofía Política, Ciencia Política, Positivismo, Neutralidad, Pluralismo*

ABSTRACT

From a critical perspective on the development of contemporary political science, this article seeks to highlight the practical advantages provided by theoretical political knowledge, not only for conceptual clarification but also for understanding political dynamics and their projections. Precisely, the fact that current approaches to local political science prioritize qualitative and quantitative research, leaving out the contributions to political knowledge that subjects such as political philosophy or the history of political ideas can provide—except to include them within theoretical frameworks alone—would ultimately weaken the growth and robustness of the discipline.

Keywords: *Political Philosophy, Political Science, Positivism, Neutrality, Pluralism*

Introducción

Hace más de veinte años, es decir, antes que se estableciera la carrera de Ciencias Políticas en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) y solo trece después de haber aparecido en el Perú la primera Escuela Profesional de Ciencias Políticas en la Universidad Nacional Federico Villarreal (1988), escribí un artículo incluido en un libro editado por el Fondo Editorial de la PUCP titulado *Deconstruyendo la Legalidad: ensayos de teoría legal y teoría política* (2001) llamado “*¿Qué pasa con la Ciencia Política?*”. Hoy, con la madurez que el tiempo otorga no solamente me ratifico en lo que escribí en ese momento, sino que, si las cosas en ciertos aspectos han podido mejorar, en otros casos no ha sido así y más bien se han incrementado los problemas de forma sustancial. Precisamente, uno de los temas centrales de discusión en toda disciplina científica moderna ha sido y es el de la separación entre hechos y valores, así como la neutralidad de la ciencia. Así en su afán de encontrar el consenso que no sería posible de alcanzar en el plano valorativo y acabar con la discusión partisana, la ciencia política moderna optaría por el consenso fáctico. En el presente texto retomaré en principio el debate sobre la neutralidad y el positivismo trasladado al campo político, luego evaluaré el sentido que viene tomando las investigaciones en Ciencias Políticas y finalmente haré una evaluación ponderada sobre el rumbo de la disciplina.

1. Debate sobre la neutralidad de la Ciencia y el positivismo en el campo político

Siempre me he identificado con la filosofía política y he hecho más las tesis de Leo Strauss¹ y sus discípulos, en el sentido de considerar que en esencia la política –y la filosofía política– es debate y argumentación porque su naturaleza es ser partisana (Mansfield, 2001). Pero como muy bien señala el profesor Harvey C. Mansfield², el ser partisana no debe percibirse en el sentido que la política es solo un enfrentamiento o conflicto de valores. De hecho, toda disputa podría trasladarse imaginariamente donde un juez competente que podría suspesar cada posición e incorporar argumentos no considerados si es el caso, tal juez estaría en la línea propuesta por la filosofía política (Mansfield, 2001). Sin embargo, la perspectiva de la ciencia política como veremos luego buscará de forma continua el acuerdo, el consenso, en cambio, la filosofía política pretendería lo mejor³. En ese sentido, la ciencia política tratará de acabar con la lucha partisana, en tanto la filosofía política admitirá que no se podrá acabar ésta pero que siempre valdrá la pena buscar el bien común en medio de la lucha partisana. Empero, para la ciencia política moderna la única forma de acabar con la fractura, sería a través del consenso fáctico, de la “verdad” de los hechos, de allí su interés en priorizar el estudio empírico y el desarrollo de los enfoques cuantitativos y cualitativos. Ahora bien, respecto a mi artículo *¿Qué pasa con la Ciencia Política?* decía en ese momento a propósito del positivismo y el método científico trasladado a la Política:

Cuando esta visión de la Ciencia Positiva pasó al ámbito de la política y se dejó de lado la filosofía política para reemplazarla por la Ciencia Política se hace más mar-

1 Leo Strauss (1899 – 1973), filósofo alemán de origen judío, ganó un gran reconocimiento al recuperar la filosofía clásica en un entorno hostil, fue un crítico del positivismo y el historicismo y defensor de una concepción de derecho natural no cristiana. Formó una escuela en los Estados Unidos con discípulos como Allan Bloom, Thomas Pangle, Nathan Tarco entre otros académicos norteamericanos orientados a la teoría política.

2 Harvey C. Mansfield Jr, (1932 –) profesor emérito en la Facultad de Gobierno de la Universidad de Harvard, si bien no estudió con Leo Strauss tuvo contacto con él desde sus inicios en la academia y su obra exhibe una enorme influencia de Strauss y de discípulos de él como Allan Bloom.

3 De hecho una conocida definición de Strauss sobre lo que significa la filosofía política es la de buscar el mejor régimen político (Strauss, 2014).

cada la diferencia entre los hechos y los valores, a pensar que la tarea de la ciencia debía concentrarse exclusivamente en la descripción de los hechos -ateniéndonos siempre a la moderna consideración de que los valores dependerían de los individuos y no existirían valores colectivos o una verdad colectiva- para de allí extraer, cómo proponía Bacon, generalizaciones o leyes particulares. (Hernando, 2002, p. 204)

De esta manera y siguiendo básicamente la obra de Leo Strauss (2014) -quién a su vez continuaba con la tradición de la filosofía clásica- yo no consideraba como positiva la separación entre hechos y valores, de hecho en la tradición clásica siempre se habían colocado a los fines por encima de los hechos, siendo la política “un arte que se dirigía al logro de los fines de la comunidad” (Hernando, 2001).

En la tradición premoderna, decía Aristóteles (2014), el conocimiento de los elementos de la realidad se manifestaba a través de cuatro causas, la causa formal, la causa material, la causa eficiente y la causa final, es decir, por medio del ¿cómo?, del ¿qué?, del ¿quién? y finalmente del ¿para qué? En la lógica de la modernidad, se excluía las causas eficientes y las causas finales, quedando solo las causas formales y materiales como las únicas válidas para el conocimiento. Así, por ejemplo ya no era significativo quien había creado el objeto o de donde procedía (causa eficiente) como en la teología cristiana donde el origen estaba en Dios, ni cuál era su propósito o fin (causa final o *telos*), por ejemplo en la tradición de la filosofía política clásica ese fin lo definía la naturaleza, sino ahora solo importaba que era el objeto (análisis o descripción) y que contenía o como estaba constituido (causa material).

La razón de ser de este cambio se encontraba en las raíces de la propia modernidad, es decir, en la aparición de la autonomía individual y el rechazo a toda forma de metafísica y teología. Así pues, la modernidad surgió del desprecio a la naturaleza, a la razón (filosofía) y a la fe (teología) (Strauss, 2011). La ciencia moderna, también conocida como ciencia positiva o inductiva (la verdadera ciencia en la palabra de Francis Bacon), se constituía entonces como un saber netamente empírico bajo la tesis -popularizada y defendida por Max Weber- de la neutralidad valorativa. Esto también en palabras de Eric Voegelin descartaría la figura de la representación típica en toda sociedad tradicional, esto es, de la interpretación que hacía toda sociedad del pasado como representación de una verdad trascendental y por medio de los símbolos (Voegelin, 2006).

Sin embargo, habría que añadir que el problema de los valores y el debate de la neutralidad de la ciencia, es también, un fenómeno moderno. Como bien lo había sugerido Carl Schmitt en La tiranía de los valores (2010), los valores son puntos de vista, “los valores no son sino valen” (p. 39), es decir, su vigencia dependía de su afirmación: “Porque lo específico del valor estriba en que solamente vale y no es. La posición, por consiguiente, no significa nada sino se impone; la validez tiene que ser continuamente actualizada, es decir, hacerse valer” (p. 40).

Esto tendría que concluir necesariamente en la tesis de la pluralidad valorativa, de la validez subjetiva y objetiva y finalmente del conflicto valorativo. Pero, los problemas no terminarían allí pues se generaría además una suerte de tiranía de los valores “el valor mayor tiene el derecho y hasta el deber de someter al valor menor, y el valor como tal, tiene toda la razón de aniquilar al sin valor como tal” (Schmitt, 2010, p. 46).

Se suele atribuir a Maquiavelo la aparición de la Ciencia Política moderna⁴, en tanto él es quien inicia la búsqueda de la verdad factual (Mansfield, 2023), es decir, aquella verdad dis-

4 Si bien es cierto en la filosofía antigua podemos hablar de Ciencia Política, -Aristóteles por ejemplo- aquí la ciencia debería entenderse como conocimiento, es decir, que la ciencia política clásica es conocimiento político, pero no es solo conocimiento empírico sino más bien conocimiento del todo, tanto de lo empírico como lo metafísico.

tinta a la naturaleza “La verdad fáctica de Maquiavelo es opuesta a la verdad de acuerdo a la naturaleza” (Mansfield, 2023, p. 5). Así como el primer filósofo Tales de Mileto propuso la distinción entre naturaleza (*physis*) y convención (*nomos*), siendo la primera inmutable y la segunda mutable, en este caso el *nomos* entendido como ley o costumbre debía de desarrollarse siguiendo la guía de la naturaleza -a eso se referían cuando se decía de acuerdo a la naturaleza- pero, en el contexto moderno -retomando el espíritu de los presocráticos- se liberó el *nomos* o lo convencional de la naturaleza (Mansfield, 2001) y este sería el fin del derecho natural (Strauss, 2014) y el inicio del positivismo.

Precisamente, Maquiavelo -como anota Strauss- es el que empieza con la primera ola del pensamiento moderno, esto es, con el positivismo -antes que Hobbes- y es así el primero con romper con la naturaleza como lo destacaba en el famoso capítulo 15 del Príncipe:

No obstante, siendo mi intención escribir una cosa útil para quien la entienda, me ha parecido más conveniente perseguir la verdad de los hechos que su imagen ideal. Muchos han imaginado repúblicas y principados que nunca han sido vistos ni conocidos en la realidad, pero la diferencia entre cómo se vive y cómo se debería vivir es tan grande que quien descuida lo que se hace, y se centra en lo que debería hacerse, aprende más bien sobre su ruina que sobre su conservación. (Maquiavelo, 2022, p. 207)

Lo que Maquiavelo llama las repúblicas imaginadas de los escritores anteriores se apoya en una comprensión específica de la naturaleza que él rechaza, al menos implícitamente. Según esa comprensión, todos los seres naturales, al menos todos los seres vivos, están orientados hacia un fin, una perfección por la que se inclinan; a cada naturaleza específica le corresponde una perfección específica; en particular, está la perfección del hombre, pero como sostiene Strauss, Maquiavelo no cree ya en la virtud de la antigüedad y en cierto sentido baja la valla -recordemos que la virtud máxima de su republicanismo era el patriotismo- para que si sea posible encontrar en la realidad la virtud- (Strauss, 2019), pero el patriotismo no sería otra cosa que un “egoísmo colectivo” (Strauss, 2019, p. 13), es decir, que la ruptura de la primera ola no solo significaba ir contra la naturaleza sino la afirmación de la autonomía sea individual o colectiva.

Pero, el punto más significativo en esta nueva realidad es la constatación de que el único conocimiento válido sería el fáctico, esto es, el conocimiento científico, el que además sería accesible a cualquier persona por medio del método. Con esto también se “democratizaría” el saber, ya que en épocas anteriores estaba en manos de minorías (los filósofos y los teólogos). Sin embargo, el método puede ser engañoso porque también puede ser considerado un problema, y paradójicamente un aniquilador del conocimiento, así al menos lo consideraba Eric Voegelin (Voegelin, 2006). En principio, él reconoce que el éxito de las ciencias naturales se debió a su método matemático y cuantitativo, lo que impulsó a que este método pudiese ser usado en otros campos del saber a fin de obtener los mismos resultados, de allí que se llegase a afirmar que un estudio de la realidad solo sería ciencia en la medida que use los métodos de las ciencias naturales, en la que concluye que todo aquello que no pueda ser trabajado desde el método científico -como la metafísica por ejemplo- sería irrelevante (Voegelin, 2006). Para Voegelin por cierto, el término ciencia significaba el estudio de la realidad o “la búsqueda de la verdad respecto a la naturaleza de los variados reinos del ser” (Cooper, 1999, p. 68).

Pero había otro problema más grave advertía Voegelin:

La segunda premisa es la verdadera fuente de peligro. Es la clave para entender el carácter destructivo positivista y, hasta ahora, no recibió la debida atención. Esta segunda premisa subordina la relevancia teórica al método y pervierte así el sentido de la ciencia. La ciencia es una búsqueda de la verdad respecto de la naturaleza de las

distintas regiones de la existencia. En la ciencia es relevante todo lo que contribuya al éxito de esa búsqueda, Los datos son relevantes en la medida que conocerlos contribuye al estudio de la esencia, mientras que los métodos son adecuados si se les puede usar de forma efectiva como un medio para alcanzar ese fin. (Voegelin, 2006, p. 17)

En este sentido, como agregaba él, tú no podrías pretender interpretar la República de Platón usando métodos cuantitativos o matemáticos, o lo mismo si estás realizando una investigación en el campo de las ciencias naturales de nada te serviría el método hermenéutico (Voegelin, 2006). Entonces el aspecto más problemático de esta ciencia política moderna se encontraba en la subordinación del fin al método, con lo que al final, el propósito sería algo accesorio frente al propio método. Llegados a un punto podría ocurrir que ya lo único relevante fuese el método y el fin resultara superfluo.

En palabras de Strauss y de Voegelin el avance del positivismo produjo entonces una pérdida de sentido de la vida y de la comprensión del lugar del ser humano en el mundo, justamente en ese se basaría entre estas la nueva ciencia política que proponía Voegelin, aunque de nuevo el nombre sería engañoso, puesto que en realidad se trataba ni más ni menos de una restauración de la ciencia política aristotélica o platónica (Erfourth, 2019).

Llegados a este punto se podría ir planteando algunas conclusiones preliminares. No se puede negar, en primer lugar, que existe una marcada rivalidad entre la filosofía política y la ciencia política moderna, a pesar de que la primera antecede a la segunda y de que, en última instancia, la ciencia política procede de ella. Sin embargo, de alguna manera la ciencia política se independizó y se rebeló de la filosofía política desde el siglo XVII pero ya para el siglo XIX el positivismo afirmó la separación plena de la ciencia política de la filosofía política (Mansfield, 2001). Las consecuencias serían entonces considerar a la ciencia política como “descriptiva” o “empírica” e interesada en hechos, mientras que la filosofía política sería llamada “normativa” porque buscaría expresar valores (Mansfield, 2001, p. 6). Por otro lado, la ciencia política como ya mencioné no aspira al bien común sino a alcanzar el consenso, la ciencia política no argumenta ni busca debatir porque considera que todo debate es incommensurable y ocioso por ello es que se siente cómoda con la “objetividad” de la evidencia empírica y de la data. Por lo tanto, la pregunta que se puede plantear finalmente es ¿qué es lo que podemos obtener con esta ciencia política analítica y en qué puede contribuir al desarrollo y comprensión del fenómeno político?

2. Los límites de la Ciencia Política Moderna y sus problemas

Los orígenes de la disciplina son bastante conocidos en general y están ligados sobre todo al desarrollo de la política en los Estados Unidos desde fines del siglo XIX siendo más adelante el contexto de la segunda guerra crucial en este sentido (Farr, Dryzek y Leonard, 1999; Goodin y Klingemann, 2001). Para inicios del siglo XX en los Estados Unidos se había fundado en 1903 la American Political Science Association (APSA) que buscaba integrar a los académicos de la disciplina para compartir sus investigaciones y poder desarrollarla partir de su distanciamiento de la historia y la filosofía política (Strauss, 1989).

Un hecho curioso es que la disciplina va a ir construyéndose tomando aportes de distintos saberes como el caso de la psicología, la cibernética, las matemáticas (Abal, 2010), pero que dichas disciplinas junto con otras fueron creciendo de manera exponencial en el contexto de la guerra, especialmente de la segunda guerra mundial. Para empezar, académicos de los países en guerra fueron convocados para colaborar sobre todo con los servicios de inteligencia, resultaba lógico en este sentido, poder llevar a cabo distintas investigaciones

por ejemplo respecto a la conducta de las personas en un contexto de guerra, o sobre la toma de decisiones en situaciones críticas, propaganda y comunicación, análisis de data, entre muchas otras. Indudablemente todos estos científicos y académicos al concluir la guerra no iban a desperdiciar todos los conocimientos acumulados por lo que esto se convirtió obviamente en un extraordinario insumo para lograr la creación de la disciplina.

Pero, fue sin duda, el tema de la conducta la que tomó la delantera, y es que incluso antes de la guerra ya en Europa se hablaba de una ciencia de la conducta (*behavioral approach*) y para 1925 ya en los Estados Unidos el profesor Charles Merriam de la Universidad de Chicago lo anuncia “Algún día adoptaremos quizá un ángulo de observación distinto del formal, como sucede en otras ciencias, y empezaremos a considerar el comportamiento político como uno de los objetos esenciales de estudio” (Dahl, 1961, p. 86), esta sería la llamada revolución conductista que impactaría muy fuertemente y contribuiría al despegue de la carrera de ciencias políticas.

El conductismo no solo fue fruto de los hechos antes mencionados de la guerra sino también por la influencia de la sociología llegada a los Estados Unidos por medio de la migración de intelectuales y académicos europeos (en realidad también producto de las guerras) que llevaron la obra de autores como Weber, Michels, Pareto, Marx, Freud entre otros científicos sociales (Dahl, 1961), de allí se generaría el enfoque Estructural -Funcionalista de Talcott Parsons -base del conductismo- y más adelante seguían desarrollándose otros como el neoinstitucionalismo, teorías económicas de la política entre muchas otras, que llevarían a la actualidad a considerar que existen una pluralidad de enfoques en la disciplina (Abal, 2010).

Siendo más precisos uno de los primeros temas de interés de la ciencia política se centró en la conducta de los votantes por ejemplo, tras las experiencias de la guerra mundial, habría también cierta inquietud respecto a cuál sería el comportamiento de las poblaciones que vivieron fuera de sociedades democráticas, lo mismo interesó el fenómeno de los llamados regímenes autoritarios, y la política comparada. Muchas preguntas comenzaron a ser planteadas en este sentido, como lo podemos apreciar en este ejemplo local ya en una época en la que la ciencia política se ha desarrollado a plenitud:

¿Por qué algunos países son democráticos y otros no? ¿Qué hace posible el desarrollo económico? ¿Cuál es la relación entre el desarrollo económico y régimen político? ¿Cuáles son las causas de las revoluciones?, ¿Cómo se originan los partidos de alcance nacional?, ¿El Estado se construyó de la misma forma en Occidente y en los países en desarrollo?, ¿Por qué cierto tipo de autoritarismos son más duraderos que otros?, ¿Por qué se originan los conflictos sociales? (...). (Muñoz, 2010, p. 35)

Indudablemente, se buscaba explicaciones frente a distintos fenómenos o hechos que podían ser de relevancia para la marcha de los gobiernos, la toma de decisiones y la gestión pública por ejemplo y se empezaron a usar métodos cuantitativos para poder medir los efectos, de hecho, se iba a desarrollar paulatinamente una cultura de la métrica en donde todo debía ser convertido en indicadores medibles ““responsabilidad”, “métrica” e “indicadores de performance” se han convertido en memes culturales” sostiene por ejemplo el profesor Jerry Z Muller (2019, p. 29) y ninguna autoridad, político, o funcionario rechazaría su empleo produciéndose entonces lo que se ha denominado la “tiranía de la métrica” (Muller, 2019).

Es interesante señalar que el desarrollo de la métrica tuvo sus orígenes en Inglaterra en el siglo XIX:

En 1862, Robert Lowe un miembro liberal del parlamento quien supervisó el comité de educación , propuso un nuevo método para proveer de fondos a las Escuelas, que

estaría basado en “pago por resultados” (...) El esquema de Lowe se basó en la premisa que el deber del Estado en la educación pública es ... el obtener la mayor cantidad de lectura, escritura y aritmética para el mayor número, por lo que los fondos escolares deberían basarse en las tres. (Muller, 2019, p. 30)

El empleo de la métrica brindaba transparencia y objetividad indudablemente algo que podía establecer un consenso y su empleo dejaba de lado el juicio o criterio y la experiencia que serían tildadas como subjetivas, al mismo tiempo que reflejaba un elevado grado de desconfianza frente a la autoridad (Muller, 2019).

Ciertamente, el empleo de esta metodología en todo trabajo de investigación se ha ido haciendo común y corriente y con mayor razón en la ciencia política, pero no se puede negar que desde fines del siglo pasado también y gracias a trabajos como los de John Rawls y su Teoría de la Justicia, por ejemplo (Rawls, 1973), ha comenzado una corriente que en teoría buscaría nuevamente acercarse a la filosofía política y los debates sobre la justicia y la sociedad. Clásicas discusiones a fines del siglo pasado entre concepciones de justicia, liberal, libertaria o socialista en torno a lo que debería ser una sociedad justa y equitativa (Kymlicka, 1990; Sandel, 1992) son incluso hasta hoy visibles en el debate académico y hasta político. Pero esto resulta a su vez engañoso porque no es exactamente un retorno de la filosofía política que como indicamos se caracterizaba por el debate y la discusión orientado al bien común.

Así pues, las llamadas discusiones en teoría política contemporánea son en realidad polémicas que no se refieren a fines sino simplemente versan sobre medios, es decir, tanto liberales, como libertarios y socialistas por citar tres casos, concuerdan en que se debe de afirmar la defensa de la autonomía, de la dignidad humana y la inviolabilidad de la persona (consenso) (Kymlicka, 1990), pero la “discusión” iría más bien por definir al encargado de llevarnos al fin, esto es, si debería ser el Estado de Bienestar (liberales), el Estado mínimo (libertarios) o el Estado Socialista (socialistas), es en suma discusión de medios pero no de fines.

Si de verdad se tratase del retorno de la filosofía política tendríamos que considerar discusiones ciertas sobre fines y una confrontación real entre las distintas formas de gobierno sin considerar que habría ya un único régimen político en teoría fruto de un consenso. Esto a su vez resulta paradójico porque en principio la ciencia política establecía solo el consenso en lo fáctico pero aquí se advertiría un “consenso” sobre lo valorativo (bueno) cosa que en un principio se rechazaba.

De la misma manera, hoy, se puede apreciar en distintas investigaciones de la disciplina el interés por vincular la data y la investigación cualitativa con problemas ligados a la moral (derechos humanos), pero como mencionaba partiendo del consenso respecto al fundamento moral, por ejemplo determinando la existencia de “barreras estructurales” en alguna minoría o evaluando las dificultades para acceder a redes sanitarias en determinada comunidad, es decir, se aprecia un interés por satisfacer la demanda -moral- de derechos procurado alcanzar determinado estándar de bienestar.

La ciencia política moderna también ha desarrollado investigaciones de carácter más “políticas” digamos vinculadas a asuntos asociados al régimen o la gobernabilidad. Lo mismo en estos casos existe un consenso respecto a lo es el único régimen viable, el sistema democrático o Poliarquía (Dahl, 1990) y de lo que se trata es de analizar qué tan cerca o lejos se encuentra la sociedad o el gobierno de ese régimen óptimo, que tan autoritario es el régimen, es decir, cuáles son los déficits de participación y debate público o que características o matices autoritarios presenta tal o cual gobierno, como podemos observar en algún texto clásico de la ciencia política contemporánea (Levitsky y Ziblat, 2021) o en algún ensayo académico local reciente (Sosa, 2025). En esta misma línea también fue popular en

el siglo pasado las investigaciones que buscaban explicar por ejemplo la naturaleza y los desarrollos de los regímenes políticos en América Latina, como fue el caso de los regímenes militares (en especial en Argentina, Brasil y Chile) “originadas” por las crisis políticas y económicas al interior del sistema capitalista constituyendo modelos particulares para lo cual se acuñaron términos como el famoso Autoritarismo Burocrático del profesor argentino Guillermo O’Donell (O’Donnell, 1996).

Obviamente, no se podría negar el aporte de estas investigaciones clásicas en la ciencia política moderna, sobre todo en lo referido a la descripción de fenómenos, pero difícilmente podríamos decir que contribuyen al desarrollo del conocimiento político en sentido sustantivo y con vocación de convertirse en un saber perenne.

Conclusiones

Como ya lo indicamos la filosofía política podía ser entendida en términos de la búsqueda del mejor régimen político o también como la transformación de las opiniones políticas en conocimiento político (Strauss, 1988), en este segundo sentido, la distinción entre opinión y conocimiento (doxa y episteme para los griegos) fue crucial, la opinión apelaba a lo parcial y el conocimiento a la totalidad. Por ello, como el todo es superior a la parte, el conocimiento era superior a la opinión, precisamente la razón de ser de la academia, del liceo y finalmente de la universidad fue la de preservar y avanzar en la búsqueda del conocimiento, mientras fuera de ella se podían encontrar múltiples puntos de vista basados en emociones y sentimiento, pero en estos recintos del saber se debatía sobre aspectos esenciales de la vida humana. Sin embargo, esta importante distinción se fue dejando de lado a inicios del mundo moderno, poco a poco el concepto de naturaleza se fue abandonando, lo mismo que el de la fe y la revelación. Se encontró una nueva verdad en el “consenso de los hechos” y en la certeza del método pero al mismo tiempo la opinión pasaba a ser concebido como conocimiento por ejemplo en el caso de las tan populares encuestas políticas de opinión y el conocimiento como opinión, cuando se relativizaba el aporte de la filosofía política por ejemplo.

Ciertamente, he tratado de hacer una breve exposición sobre las condiciones de la ciencia política moderna a la luz de la filosofía política. En este sentido, he podido destacar el problema de priorizar métodos sobre fines y la forma como el enfoque positivista con todos sus matices opaque aspectos tan significativos en el mundo del conocimiento como es el debate y la discusión sobre cualquier hecho o concepto. Precisamente, en sus orígenes siempre se reconoció lo peligroso que podía ser la filosofía al plantear dudas respecto a todo fenómeno cosa que como sabemos le costó la vida a Socrates juzgado y condenado precisamente por el régimen democrático.

La filosofía política en su concepción original propuso la interpretación y el estudio de la política a través de un profundo examen del hombre y su naturaleza (Strauss, 1988), estimulando la discusión permanente respecto a cuál podría ser el mejor régimen político. A juzgar por los hechos, el que sigamos leyendo e interpretando a los grandes clásicos de la política demuestra que la mejor guía que puede tener la ciencia política será siempre la filosofía política.

Abal, J. (2010). Manual de Ciencia Política. Eudeba.

REFERENCIAS

Aristóteles. (2014). Metafísica. Gredos.

Cooper, B. (2019). Eric Voegelin and the Foundations of Modern Political Science. University of Missouri Press.

Dahl, R. (1961). The Behavioral Approach in Political Science: Epitaph for a Monument to a Successful Protest. *American Political Science Review*, 55(4).

Dahl, R. (1990). La Poliarquía, participación y oposición. Tecnos.

Erfourth, M. (2019). A Guide To Understanding Eric Voegelin's Political Reality. St. Augustine's Press.

Farr, J., Dryzek, J. y Leonard, S. (1999). La Ciencia Política en la Historia. Ediciones Istmo.

Goodin, R. y Klingemann, H-D. (2001). Nuevo Manual de Ciencia Política. Ediciones Istmo.

Hernando, E. (2001). ¿Qué pasa con la Ciencia Política?" en Deconstruyendo la Legalidad: ensayos de teoría legal y teoría política. Fondo Editorial PUCP.

Hilb, C. (Comp.). (2011). Leo Strauss: El filósofo en la ciudad. Prometeo.

Kymlicka, W. (1990). Contemporary Political Philosophy, an introduction. Oxford University Press.

Levitsky, S. y Ziblatt, D. (2021). Cómo mueren las democracias. Planeta.

Maquiavelo. (2022). El Príncipe. Página Indómita.

Mansfield, H. (2023). Machiavelli's effectual truth. Cambridge University Press.

Mansfield, H. (2001). A Students Guide to Political Philosophy. ISI Books.

Meléndez, C. y Vergara, A. (2010). La iniciación de la política, el Perú político en perspectiva comparada. Fondo Editorial PUCP.

Muller, J. (2019). The Tyranny of Metrics. Princeton University Press.

O'Donnell, G. (2019). El Estado Burocrático autoritario. Editorial Belgrano.

Rawls, J. (1973). A Theory of Justice. Oxford University Press.

Sandel, M. (1992). Liberalism and its critics. Blackwell Publishers.

Schmitt, C. (2010). La Tiranía de los Valores. Comares.

Sosa, P. (2025). Ya no es democracia. Fondo Editorial IEP.

Strauss, L. (1989). An Epilogue. En H. Gildin (Ed.), *An introduction to Political Philosophy: Ten Essays by Leo Strauss*. Wayne State University Press.

Strauss, L. (2014). Derecho natural e historia. Prometeo.

Strauss, L. (1988). *What is political philosophy? and other studies*. Chicago University Press.

Strauss, L. (2019). Pensamientos sobre Maquiavelo. Amorrortu.

Strauss, L. (2011). Las tres olas de la modernidad. En C. Hilb. (Comp.), *Leo Strauss el filósofo en la ciudad*. Prometeo.

Voegelin, E. (2006). La nueva ciencia de la política, una introducción. Katz.